

algunos de los soldados de Grijalva que se aventuraron á penetrar en los bosques inmediatos al pueblo, vieron algunas piezas, y entre ellas algunas liebres que les hicieron recordar las de Castilla. Mas del oro que codiciaban, había poco y escaso, de manera que, no obstante la buena acogida que les dieron los habitantes de Cozumel, los expedicionarios quedaron de mal talante. De peor humor se pusieron con el bando que, á voz de pregonero público, mandó Grijalva publicar. Había recibido de Diego Velásquez, órdenes expresas de evitar toda contienda con los indios, y sacarles á la buena cuanto oro pudiese. Con este motivo, ordenó por bando que nadie hiciese daño á los indios; ni se burlase de ellos; ni hablase con sus mujeres; ni les robase sus bienes y honra; ni, menos aún, tuviese trato con ellos de oro, perlas ó piedras preciosas; pues que el capitán se reservaba celebrar por sí cualquier contrato ó negociación que los indios propusiesen. Amenazaba con graves penas por la infracción de sus disposiciones, las cuales mandaba se guardasen durante toda la expedición; y ofrecía también castigar severamente todo abandono de la guardia ó retén donde quiera que se estableciese.<sup>1</sup>

Estuvo esperando Grijalva que el cacique de Cozumel viniese á visitarle; pero sus esperanzas resultaron fallidas, y en la tarde se embarcó con su gente en los navíos, decidido á continuar su viaje. Así lo efectuó, dándose á la vela al día siguiente, 7 de Mayo, con dirección al poniente.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 423.—Oviedo, op. cit. pág. 507.

<sup>2</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.

## CAPITULO IX.

Costa oriental de Yucatán.—Xelhá.—Tulúm.—Descubrimiento de la Bahía de la Ascención.—Cautiva jamaicana.

Después de atravesar como quince millas de un lado á otro, avistaron la costa oriental de Yucatán, y en ella tres pueblos que parecían estar separados como dos millas uno de otro, y provistos de muchas casas de piedra y paja. Uno de estos pueblos era Xelhá, á la vuelta del riachuelo del mismo nombre. Los soldados y capitanes subalternos invitaban á Grijalva á desembarcar, para reconocer aquella costa y poblaciones; pero éste rehusó firmemente dar su permiso para descender á tierra, y ordenó que siguiesen corriendo por la costa todo el día y la noche. Al siguiente día, 8 de Mayo en la tarde, se vió claramente desde lejos un pueblo muy grande, en el cual sobresalía una torre muy elevada á cuyo rededor había muchas casas; tantas y de tan buena apariencia, que los españoles compararon la población á la de Sevilla.<sup>1</sup> No era otra esta ciudad sino Tulum, cuyas ruinas aun se conservan, y se ven por los navegantes que trafican las costas orientales de la península de Yucatán.

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.

La falta de agua, y el tiempo que se descompuso poco después de pasar frente á Tulum, obligaron á Grijalva á retornar al pueblo de San Juan de Cozumel, y lo encontraron abandonado y desierto: sus habitantes se habían escapado á esconderse en los bosques inmediatos, llevándose los objetos más preciosos que poseían: sólo encontraron los españoles maíz, frutas, camotes y raíz de mandioca, de todo lo cual se provieron; y tomaron agua del pozo situado frente á la habitación del sumo sacerdote de Cozumel.

Permanecieron allí hasta el martes, 11 de Mayo, en que se dieron á la vela: siguieron primero al sur por la costa de Cozumel; pero luego viraron al poniente, y fueron á buscar la costa de Yucatán.

A los dos días de navegación, la armada descubrió una punta de tierra, y luego unos bajos é islotes y una ancha abertura que parecía ser la entrada de una bahía; pero, conforme iban internándose, el agua era más baja y el fondo menor; los navíos caminaban con dificultad, y sus pilotos á cada momento temían encallar. Antón de Alaminos echó un bote al mar, y, lanzándose en él, se puso inmediatamente á reconocer y sondear; y acabó por comprender que toda aquella bahía estaba sembrada de arrecifes más ó menos peligrosos. Volvió á donde estaba el capitán Grijalva, y le comunicó sus investigaciones, de donde vino que el capitán celebrase consejo con sus pilotos y tenientes, y que, en junta, resolviesen todos separarse del rumbo que llevaban, y tomar el del norte para seguir bojando la tierra cuya costa habían comenzado á reconocer y medir. Era este día 13 de Mayo, fiesta de la Ascención, y por este

recuerdo le pusieron el nombre de «Bahía de la Ascención» que hasta ahora conserva.<sup>1</sup>

Acordada la salida de la bahía y la variación de rumbo, no fué poca la dificultad que tuvieron los buques para voltear y pasar al alta mar, porque los escollos y rompientes dificultaban tanto la marcha que hasta el domingo, 16 de Mayo, fué cuando hubieron de concluir de ponerse afuera de la bahía; y emprendiendo camino por la costa, hacia el norte, navegaron con buenos vientos, favorecidos por las corrientes. Anduvieron, así costeano, en busca del puerto de Campeche, ó del cacique Lázaro, como le llamaba Antón de Alaminos y otros que habían acompañado á Hernández de Córdoba en el viaje anterior, y un día, desde el puente del buque mandado por Alonso Dávila, se observó que, paralelamente al rumbo que el buque seguía, corría un individuo por la costa, haciendo señas y ademanes de que lo esperasen y socorriesen. Dos leguas seguidas caminó el buque, y aquel individuo, con extraordinaria tenacidad, continuaba su camino por la costa, y sus señas suplicantes; en tales términos que, movido á compasión Alonso Dávila, ordenó parar el buque en que iba, y envió un bote á la costa para inquirir lo que deseaba el misterioso corredor. La detención del buque de Dávila cogió á novedad á Grijalva, porque empezó á sospechar que tal vez hubiese encallado: entró él mismo con presteza en otro bote con algunos soldados y marineros, y voló á socorrer á Dávila; mas llegando al buque de éste, se informó de la verdad del suceso, y, sin más esperar, se diri-

<sup>1</sup> Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 509.

gió á la costa, precisamente cuando ya volvía el bote enviado por Dávila. Venía en él una mujer jamaíquina que había caído cautiva en Yucatán, y que había estado sometida á la más áspera servidumbre, según menudamente detalló en la narración que hizo á Grijalva de su cautiverio. Fastidiada del maltrato de sus señores, se había escapado; y caminando por entre breñas y maleza había acertado á alcanzar la costa, pensando encontrar alguna embarcación que misericordiosamente la recogiera. La fortuna quiso que saliese á la costa cuando desde ella se columbraba la nave de Dávila; y, temiendo perder ocasión tan peregrina de salvarse de la servidumbre y tal vez de la muerte, había seguido perseverantemente por largo tiempo el rumbo del navío, haciendo incesantes señas para que la recogiesen á bordo, pensando que, de todos modos, con esto se salvaría, ó por lo menos mejoraría de condición. Así fué en realidad, porque Grijalva le dió graciosa acogida, la hizo pasar á su bote, y la llevó á su buque.

## CAPITULO X.

Río Lagartos.—Llegada á Campeche.—Desembarque y combate con los indios del cacique Lázaro.—Muerte de Juan de Guetaria.—Tregua y proposiciones de paz.—Pedro de Alvarado y Antonio de Amaya ajustan la paz.—Retirada de Grijalva.

El lunes 17 de Mayo en la tarde, se distinguió perfectamente la tierra, y aun dos edificios blanqueados con cal, en forma como de torres: una muy ancha, y otra semejante á una capillita, como las que se ven de ordinario á la salida de las poblaciones. Pasaron la noche anclados en frente de aquella población, y, al día siguiente por la mañana, emprendieron de nuevo su marcha á la vista de la costa, y tan cerca de la tierra que podían distinguir, desde los navíos, la playa, la vejetación, las poblaciones, los edificios y las mismas diferencias y sinuosidades de la costa. Vieron una pequeña ensenada que parecía formada por dos islas; una punta de tierra que se internaba en el mar; y luego por toda la costa mucha gente; y de noche, muchas humaredas. Al fin anclaron frente á unas playas de arena, perdidos y extraviados de rumbo, porque Antón de Alaminos decía que habían pasado ya de Campeche, y que aquellas no eran sino las de Champotón. Con este dictamen, retrocedieron camino, andando para atrás como seis leguas, de manera que, el 24